

bien barcelonesa: ese mal gusto, venga su modelo de donde venga, no puede confundirse con el mal gusto de ninguna otra parte del mundo: eso es bien nuestro. ¡Ah! ¿luego hay una cosa nuestra? Pues estamos en lo vivo. ¿Preferirías el buen sentido de una elegancia ajena bien copiada? No. Me alegro de que haya en nosotros algo que nos estorbe el buen gusto. Algo se agita dentro de nosotros; algo se agita dentro de la ciudad, que le da mareos y extravíos del sentido y gustos perversos. Hay un ser vivo dentro. No maldigas los hastíos ni la deformidad de la que ha de ser madre.

Porque avanzando ello, lo que os disgustó pasará, lo que es excéntrico volverá á su centro, y lo que es deformidad dará al ser nuevo la forma bella.

Toda esta ciudad será otra vez y otras veces derribada, caerán esas fachadas y esas torres y esos adiosos; y, en cambio, eso nuestro que los ha producido, eso propio, eso vivo, irá actuando en lo que se derriba y en lo que se alza y en lo que se vuelva á derribar, hasta producirse en su belleza, en la necesaria belleza de su plenitud, en la nuestra y no de otros.

¡Ah, pero cuánto á intentar, cuánto á disparatar todavía, cuánto á sufrir mientras! Mas no importa, si estamos en una edad heroica. En nosotros hasta los clasicismos son romanticismo. ¡Cuidado con someternos á cánones demasiado rígidos! ¡Cuidado con estorbar la gestación! Vaya de todo á ella, pero... ¡cuidado! Vaya de todo á ella sin escrúpulo, pero también sin violencia;... ó con violencia, pero sin rigidez...

...A no ser que estemos en un delirio de grandezas. ¿Será esto realmente un «inmenso arrabal de Tarascón»? ¿Qué? ¿Barcelona se ha vuelto loca? Esto sólo puede decidirlo el éxito ó la derrota: y el éxito ó la derrota está en nuestras manos. El que mañana se diga que hemos sido locos ó héroes depende ahora de nosotros mismos. Este pensamiento nos basta para, si hay que sucumbir, sucumbir al menos como héroes, y así serlo de todos modos.

Pues aunque mañana ó pasado mañana Barcelona se viera reducida á ser una modesta capital de provincia española, más ó menos laboriosa, si aquellos humildes ciudadanos encontraban en la historia de la ciudad su tentativa de hacerse la reina del Mediterráneo, y que en este empeño puso su fe y toda su fuerza y su vida entera una generación de catalanes, sería muy difícil que aquellos ciudadanos, por sensatos que fueren, se resignaran á dejar llamar locos á éstos: porque habría sucedido algo que todavía no ha sucedido en Tarascón, ni en ningún Tarascón.

Mientras que si nosotros nos resignáramos ahora, por la gracia de este dictado, á volvernos sensatos, tal vuelta á la sensatez pudiera sernos justamente imputada como la mayor locura...

¡Qué extraña manera discurrir me ha dado! Es lo que tiene hacerse ciudadano del ensueño, como yo me he hecho hoy... ¿Me he hecho? ¿Acaso no lo era ya? ¿Acaso no lo somos todos? ¿Acaso es lícito ser otra cosa si se quiere vivir... lo que se llama vivir?

JUAN MARAGALL.

